

# III Domingo Cuaresma

Éxodo 20, 1-17; 1 Corintios 1,22-25; Juan 2, 13-25

*«Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre. El celo de tu casa me devora»*

8 Marzo 2015 P. Carlos Padilla Esteban

*«Queremos ser libres de tantos apegos que nos atan a la tierra. Medir las cosas en la pesa de Dios es un cambio en la mirada. Las cosas del mundo valen lo que valen para Dios, no tanto para mí»*

El otro día comentaba en un retiro que creo que, con el paso de los años, somos mejores. El tiempo nos hace más maduros, nos hace más humanos, más frágiles al haber sido heridos por la vida. Es cierto que a veces pensamos que no es así. Que no somos tan inocentes como cuando éramos jóvenes. O hemos perdido el fuego de la juventud que nos hacía soñar con las alturas. Puede ser que los años nos hayan quitado frescura, pureza, incluso verdad. No lo sé, puede suceder. Tal vez los años a veces desgastan el alma. Y hacen desconfiados a los que confiaban. Tristes a los alegres. Rígidos a los flexibles. Puede cerrarse el corazón del que antes amaba. Y oscurecerse la esperanza del que tenía una mirada optimista. No lo sé. Me gustaría pensar que siempre crecemos, en lugar de menguar. Y que somos mejores en lugar de pensar que hemos perdido algo con el desgaste de la vida. Pero puede que tengan razón los que creen que han perdido algo con el paso del tiempo. No lo discuto. A mí me gusta más creer que los años nos dan madurez y humanidad. Nos acercan más a la verdad que somos. Nos hacen más realistas sin perder nuestros sueños. Nos llevan a confiar más en las personas, aunque nos hayan fallado. Nos hacen ver con claridad nuestras fortalezas y debilidades. Prefiero creer que nos admiramos más ahora que antes. Que nos gustamos con nuestras torpezas, sin amargura. Que nos amamos más que cuando éramos jóvenes, cuando éramos más inmaduros. Más y mejor. Creo que los años nos pueden hacer más sensibles en las palabras y en los gestos. Menos egoístas. Igual de soñadores, o tal vez más. El tiempo nos habrá hecho llorar y reír. Ojalá sigamos luchando por cada bola, como cuando éramos jóvenes, sin dar nunca nada por perdido. Tal vez los años nos han hecho más realistas con la vida, sin creernos mejores que los otros. A lo mejor nos confundimos tanto como antes y nos seguimos topando con nuestra herida abierta. No sabremos decir cuánto hemos crecido. A lo mejor tampoco en qué aspectos. Tal vez el tiempo nos haya quitado el miedo a luchar y a arriesgar. No sé si tendremos más o menos que perder si perdemos. Pero a lo mejor somos más libres que antes. Puede que el tiempo nos haya enseñado a saber bien lo que queremos, y lo que no deseamos. A lo mejor nos cuesta más que nos quieran organizar la vida y el futuro. No sé si nos veremos más viejos, pero espero que no más cansados. Más frágiles, pero no más caducos. Más sensibles, pero no más necios. Más heridos, porque a veces la vida hiere, pero no más rencorosos. Tal vez hayamos comprendido que la vida es un don que cuidamos con manos torpes. Sin exigir nada. Ojalá sepamos para qué valemos y para qué cosas somos realmente torpes. Me gustaría que todos pudiéramos decir que hemos luchado por ser mejores. Que lo hemos intentado una y otra vez. A lo mejor el tiempo nos ha hecho descubrir que una caricia, un abrazo, un beso, valen más que muchas palabras de cariño. Y que nos hayamos convencido del valor de dar la vida cada día en cosas que, aparentemente, no cambian el mundo. Cosas pequeñas. Que hayamos descubierto el valor de lo ordinario, de lo repetitivo, como esas avemarías del rosario desgranadas entre los dedos. La verdad de nuestra vida la sabe Jesús y a nadie más le importa. No importan entonces la edad, ni las canas, ni las arrugas. Llegar a la meta no es lo fundamental. Tampoco llegar primero. Ni la velocidad a la que recorremos el camino. Espero que el tiempo nos haya enseñado a mirar a los ojos a los que van con nosotros. Creo que, al pasar los años, hemos cambiado, eso seguro. Y seguimos cambiando. **Ojalá, eso sí, acabemos siendo, cada día, algo mejores.**

**Me gusta la alegría y no tanto el llanto.** Me gustan las carcajadas y la sencilla sonrisa. Aunque es cierto que admiro y me conmuevo ante las lágrimas profundas, esas lágrimas verdaderas que me acercan tanto a Dios. Pero prefiero sonreír y no enfadarme. Reírme de mí mismo, aunque me duela el orgullo. Y aprender

a reír cuando otros se ríen. Alegrar las vidas tristes, cuando parece perdida la ilusión. Dar esperanza en el llanto, mirando por una ventana. Inventarme risas cuando no las tengo, desempolvándolas de dentro del alma. Alegrar la vida cuando no haya salida. Me da miedo perder la sonrisa ingenua y pura. Vestirme de seriedad para parecer importante, más maduro. Me da miedo no reírme con las cosas tontas, pequeñas, ridículas. Me da miedo tomarme demasiado en serio, levantando un muro que proteja el alma de cualquier ofensa, de cualquier trastorno. Me da miedo no hacer reír a nadie con mi risa, perder el humor, andar cabizbajo. Me da miedo perder la libertad para sonreír a todo el mundo. Y reírme a carcajadas cuando otros están serios. Quiero inventarme chistes que alegren el camino. Poder ser yo mismo en muchos sitios, sin temer lo que otros piensen. Me da miedo dejar de alegrarme con la vida de los otros. Sin caer en la envidia, sin ser egoísta. Alegrarme con los éxitos de los que me rodean, aunque yo no los tenga. Alegrarme con sus vidas llenas de vida cuando la mía esté ya algo caduca y seca. Me da miedo perder la capacidad para hacer reír a las personas en momentos de tristeza. Me da miedo llegar a pensar que mi vida es importante y no hay tiempo para las cosas intrascendentes. Me daría miedo llegar a pensar que no hay tiempo para la risa, para lo lúdico, para lo divertido. Me daría miedo estar demasiado ocupado, sin tiempo. Vivir amargado pensando mal de otros, atascado en mis críticas, obsesionado con una vida muy importante. La alegría es fundamental para la vida. Abre el corazón de los hombres, como decía el P. Kentenich: *«Una actitud fundamental de alegría es la llave para penetrar en el corazón del hombre. La persona captada por la alegría tiene en su bolsillo la llave del corazón de los hombres. Tiene la varita mágica que descubre y hace fluir la fuente misteriosa y profunda en el alma de su prójimo»*<sup>1</sup>. Pienso que Jesús rió muchas veces. Tendría una varita mágica. Su risa no aparece en el Evangelio. Sólo aparece que alguna vez se enfada y se llena de ira. Pero sólo porque le duele la dureza de los hombres que parecen obstruir con su falta de fe y egoísmo la misericordia de Dios. Tal vez los primeros cristianos no pensaron que fuera tan importante contar lo más evidente en la vida de Jesús: su alegría. No escriben cuándo reía con sus amigos, o cuándo les hacía bromas, o le hacían bromas a Él. Se reiría de sí mismo, de su inocencia e ingenuidad. Se reiría de ser tan bueno y pensar siempre bien de las personas. Se reirían con sus comentarios inocentes. Algunos querían hacerle entender que la vida era más seria, y la gente más mala, menos pura, menos ingenua. Como aquel fariseo que le invitó a su casa a cenar y no entendía cómo no echaba a la mujer que le limpiaba los pies con su cabello y su perfume. Jesús no les creería, porque Él leía el alma de las personas y conocía la pureza del corazón. Sabía que allí, en lo hondo del alma, en medio de una tormenta de sentimientos contradictorios, al buscar entre el bien y el mal, encontraría siempre más luz, mucha más vida y esperanza. Me gusta pensar en la risa de Jesús. Ver su risa franca, abierta, libre. Su risa en el hogar de Nazaret, con su Madre, con José. Me gusta pensar en su mirada llena de luz y claridad. Quiero aprender a reír de verdad como lo hacía Él, con toda el alma. Sin poner barreras. Sin miedo. Me gusta la alegría de los corazones puros. Creo que educar el corazón es fundamental para aprender a reír. Si nos olvidamos de ello, iremos demasiado serios por la vida, demasiado preocupados y angustiados. ¿Me río con facilidad? ¿Sonrío con frecuencia? **Necesitamos reírnos más, con más ganas. Reírnos de nosotros mismos, de nuestra propia vida.**

**A veces creo que mi corazón se parece más a un mercado lleno de gente y de ruidos que a la casa de mi Padre.** Hoy me lo recuerda Jesús: *«Quitad esto de aquí; no convertáis en un mercado la casa de mi Padre»*. Siento muchas cosas. A veces confusas. No dejo espacio para que entre Dios y lo limpie todo. ¿Qué palomas y bueyes hay en mi corazón? ¿Cuáles son mis monedas? Hace falta la conversión total del corazón. Dejar que Jesús reine en mí. El corazón es el templo de Dios vivo. Sabemos que Él es nuestro Dios pero muchas veces nos olvidamos de esa libertad a la que nos invita a vivir. Nos llenamos de ídolos, de tesoros guardados con cuidado, de dependencias que nos hacen esclavos. Dejamos a Dios en un segundo plano y nos apegamos a la vida que nos da tantas satisfacciones. Pero nos olvidamos de lo importante, de lo que nos hace felices en lo más profundo. Dios nos liberó de nuestra esclavitud. Ya hemos sido salvados. Nos sacó de Egipto. Nos llevó al desierto. Pero seguimos siendo esclavos. Decía el P. Kentenich al hablar de la libertad: *« ¡Cuánto bien hace al alma alzar vuelo hacia Dios, y desde allí arriba, contemplar en profundidad lo que está abajo! ¡Todo es transitorio! Las obras de mis manos, mañana o después, serán destruidas. ¿Cuál debe ser mi respuesta? ¿Rebelarme contra Dios? ¿Discutir? ¡No! Dios quiere despertar en mí un anhelo, un ardiente deseo del cielo: ¡Cómo nos desilusionamos de todas las cosas que no son Dios! Por eso, ¡no ceder a los deseos del mundo! Pero pesar las cosas en la balanza de Dios: sólo darles el valor que Dios les da. Entonces seré un hombre libre, feliz, estaré con Dios, con una mirada de libertad. Entonces estaremos firmemente anclados en Dios, lo veremos, y miraremos al*

---

<sup>1</sup> J. Kentenich, *Vivir la alegría*

*mundo como el mundo es»<sup>2</sup>*. Creo que la Cuaresma es un tiempo de gracias para crecer en libertad interior. Vivimos con nuestro yo por delante. Queremos nuestra felicidad, nuestra plenitud, aunque sea a costa de los demás, eso no nos importa tanto. Nos preocupamos de estar bien, con paz interior, sin interferencias, sin que nos molesten. El yo en primer plano. Todo ha de girar en torno a nosotros para ser felices. Conozco personas que si no están en el centro no sacan todo lo bueno que llevan en su interior. El yo por delante. Nos importa más nuestro lugar que lo que vamos a hacer. No queremos pasar desapercibidos. Nos gusta más figurar, ser tomados en cuenta, opinar, ser valorados. El corazón se envenena cuando no logra lo que desea. Cuando no hay satisfacción de todos los deseos. Es por eso que en este tiempo nos retiramos al desierto para ser más libres. Libres de nuestros apetitos y deseos. Libres de nuestros miedos e inseguridades. Libres de nuestra vida sometida a veces a lo que los demás esperan y desean. Libres de nuestro yo enfermo que quiere hacer su santa voluntad. Queremos ser libres de tantos apegos que nos atan a la tierra y nos hacen valorar más lo que tenemos que la eternidad que soñamos. Medir las cosas en la balanza de Dios es un cambio en la forma de mirar la vida. Me parece una imagen muy clara. Nuestra balanza no es como la de Dios. Las cosas de este mundo valen lo que valen para Dios, no tanto lo que valen para mí. Como decía Fco. Xavier Nguyen Van Thuan: *«A veces un programa bien desarrollado debe dejarse sin terminar; algunas actividades iniciadas con mucho entusiasmo quedan obstaculizadas; misiones de alto nivel se degradan hasta ser actividades menores. Quizá estés turbado o desanimado. Pero ¿me ha llamado a seguirlo a Él o a esta iniciativa o a aquella persona? Deja que el Señor actúe. Él resolverá todo y mejor»<sup>3</sup>*. La libertad de los hijos de Dios que siguen a Dios, no tanto sus obras. Esa libertad anhelada que vivió Jesús. Él nos enseña a vivir. Seguimos a Jesús por los caminos de nuestro desierto. Le seguimos a Él, no tanto nuestros proyectos. Esos planes que a veces son míos y no de Dios. Esos planes en los que yo figuro y Él está en un segundo plano. Me gustaría ser más libre. **Me gustaría que en mi corazón no hubiera tantos mercaderes y monedas.**

**El otro día leía que los niños de hoy están sobreestimulados** y no saben cómo manejar en su alma tanta información que reciben cada día: *«La sobreestimulación, la constante motivación externa y el encadenamiento continuo de tareas y actividades programadas les saturan, agobian y ahogan su necesidad de crear. En muchas ocasiones nos empeñamos en llenar absolutamente todo su tiempo con más actividades. Un tiempo libre copado. Puede parecer algo paradójico, pero necesitamos más que nunca que los niños y niñas tengan tiempo para aburrirse. Necesitamos que tengan tiempo todos los días para llevar a cabo actividades que no estén previamente estructuradas, organizadas y controladas por normas rígidas y preestablecidas»*. A veces me siento yo como esos niños, sobreestimulado. Tendemos a ocupar todo nuestro tiempo. La agenda llena de actividades todas importantes. Es lo mismo que les transmitimos a los niños. Ellos no están preparados para recibir tanta información. Creo que tampoco nosotros estamos preparados. También estamos sobreestimulados. Vivimos enganchados al ritmo de la vida. Noticias, mensajes, mails, whatsapp. Todo es urgente. Vivimos corriendo y nos apegamos a la vida que va a toda velocidad. Mucha gente sueña con vivir en el campo, a otro ritmo. Pero creo que la velocidad se lleva en el corazón, aunque pueda ayudar el entorno. Los estímulos nos llegan de todas partes y nosotros los recibimos porque no queremos quedarnos fuera. Tenemos la agenda llena de actividades. No tenemos tiempo para aburrirnos. ¿Nos aburrirnos alguna vez? Yo recuerdo que de niño a veces me aburría. Es sano aburrirse. Uno no sabe qué hacer con su tiempo. Es verdad que dicen que el ocio puede ser cuna de vicios. Pero también dicen que el tiempo libre es el comienzo de la creatividad. No hay tiempo para crear. ¿Somos creativos en nuestra vida? ¿Pensamos la vida que llevamos o nos dejamos llevar por la vida que nos toca vivir? ¿Reflexionamos sobre aquello que marcha bien y sobre esas cosas que tenemos que mejorar? Nos falta silencio, interioridad, aburrimiento. Nos falta tiempo sin hacer nada. Estar sin decir, sin oír, sin hacer. ¡Qué difícil! La cabeza se nos va pensando en mil cosas. Recibimos demasiados estímulos cada día y nos bloqueamos. Necesitamos tiempo para digerir tanta información que nos llega del mundo. ¿Cómo lo hacemos? El desierto. Es necesario ir al desierto. Adentrarnos en un paisaje solitario. Estar solos de vez en cuando nos hace bien. Solos con nuestra vida, con nuestros problemas y preocupaciones. La vida vivida a ritmo lento, con pausas y aburrimiento. Es bonito aprender a perder el tiempo. La soledad creativa. Mi corazón se llena de mercaderes y animales. De ruidos y voces. De estímulos que me ponen en movimiento. Hay que aprender a estar solos con Dios. Como escribía Antonio Machado: *«Converso con el hombre que siempre va conmigo, -quien habla solo espera hablar a Dios un día-, mi soliloquio es plática con este buen amigo que me enseñó el secreto de la filantropía»*. Es sólo

---

<sup>2</sup> J. Kentenich, *Vivir la alegría*

<sup>3</sup> Fco. Xavier Nguyen Van Thuan, *Cinco panes y dos peces*

el comienzo del encuentro profundo con el Señor. Allí, en lo profundo de mi corazón. Allí donde Dios quiere poner su morada. Allí en el desierto de mi alma. Él viene a sembrar esperanza. A cavar en mi corazón. **A desmalezar y a cuidar la tierra. A regar y dejar que muera la semilla y dé una vida verdadera.**

**¿Qué buscamos nosotros cuando buscamos a Dios?** Hoy escuchamos: *«Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado»*. 1 Corintios 1,22-25. Me sorprende cuántas veces los cristianos buscamos lo extraordinario. Esperamos el milagro. Buscamos la conversión que nos sorprenda. El cambio de vida radical. Es verdad, llama más la atención. Siempre nos sorprende más la vida de aquel que ha cambiado radicalmente, que ha dejado su vida de pecado y ha enderezado la ruta. Nos conmovemos con facilidad cuando alguien nos cuenta que Jesús salió a su paso y le cambió la vida, así, casi de repente, como una efusión del Espíritu Santo que todo lo transforma. Impresiona ver cómo Dios con su fuerza vence el mal y acaba con sus obras. Siempre lo espectacular nos deja sin palabras. No sé si a la larga nos hace cambiar de vida. Pero sí sé que emociona ver cosas extraordinarias. A Jesús lo buscaban porque hacía milagros, porque multiplicaba el pan. Tenían hambre y sed. Querían ver signos. Hoy le increpan al ver sus gestos de ira: *«¿Qué signos nos muestras para obrar así?»*. Los profetas realizaban signos. En ellos querían reflejar el camino que el pueblo debía seguir. Los signos expresan mucho más de lo que aparentemente significan. ¿Qué busco yo cuando sigo a Jesús? Decía hoy S. Pablo que lo necio, lo débil para el mundo, es precisamente lo fuerte en Dios. Lo ordinario es lo que vale para Dios, aunque no destaque. Seguimos a Cristo crucificado. Es escándalo para unos, necedad para otros. ¿Qué signos ha realizado Jesús al obrar en nuestras vidas? En ocasiones buscamos signos tan extraordinarios que nos cuesta ver a Dios en lo cotidiano, en lo ordinario, en la vida más sencilla. El otro día leía: *«Para entender a Jesús no es necesario tener conocimientos especiales; no hace falta leer libros. Jesús les hablará desde la vida. Todos podrán captar su mensaje: las mujeres que ponen levadura en la masa de harina y los hombres que llegan de sembrar el grano. Basta vivir intensamente la vida de cada día y escuchar con corazón sencillo las audaces consecuencias que Jesús extrae de ella»*<sup>4</sup>. Jesús habla en parábolas para que todos entiendan. Todos comprenden sus palabras sencillas. Habla de la vida, comparte la vida. Ver signos de Dios en lo cotidiano nos sorprende. ¿Dónde actúa Dios en mi vida? Si pongo el yo en primer plano, Dios desaparece. En mi trabajo cotidiano, en mi vida vulgar y corriente, Dios actúa. Su presencia me salva en medio de mi día. Me desvela su mensaje con mi propio lenguaje. Eso me gusta. ¿Cuáles son las señales con las que me ama? Jesús es creativo en el amor. Siempre me sorprende. A veces lo veo donde no esperaba. En ocasiones creemos que me va a hablar a través de alguien sabio. Y me habla en alguien a quien me cuesta querer. Así es su amor. Me sorprende siempre. Hace que lo necio sea sabio y lo débil fuerte. Me hace ver que no puedo basar mi felicidad en mis propias fuerzas. Y me lleva a entender que sólo si confío Él podrá hacer milagros con mi vida. De otra forma será imposible. Él puede cambiar mi corazón enfermo. Puede hacerme caminar sonriendo en medio de la vida. **Los signos donde lo encuentro son cotidianos, vulgares, simples. Son los de la vida misma. En el camino Él sale a mi encuentro.**

**Hoy nos sorprendemos ante la ira de Jesús:** *«Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas»*. Esta reacción de Jesús siempre nos cuesta. Estamos acostumbrados al Jesús paciente y humilde, al hombre manso y silencioso, pobre y pacífico. Jesús perdona a Pedro sin decirle nada, perdona al buen ladrón con la promesa de paraíso, levanta del suelo a la mujer adúltera, se invita a casa de Zaqueo. Se deja tocar, avasallar. Comparte con cualquiera la mesa y mira con ternura a los más pobres, a los frágiles, a cada hombre. Consuela a los que lloran y se rodea de pecadores y hombres débiles. No conocemos a Jesús enfadado, fuera de control. ¿Por qué se enfada hoy? Me impresiona mucho este momento. Lo cuentan los cuatro evangelistas. Jesús se muestra firme. El que perdona a prostitutas y publicanos, se muestra hoy duro. El que habla con la mujer samaritana, y le pide de beber, se muestra hoy enfadado. ¿Por qué? Pedro le negó tres veces, y sólo recibió su mirada de amor. Frente al pecador, Jesús fue misericordioso. Perdona, consuela, bendice. Incluso hacia publicanos y recaudadores de impuestos tiene palabras de ternura. Llama a todos, come con cualquiera, cree en cada hombre. Creo que Dios nunca se enfada conmigo. Yo con Él sí. Pero Él conmigo no. Siempre me espera y me abraza, me levanta si caigo, me perdona cuando repito el mismo pecado, si me postro ante Él, impotente y necesitado. Me ha esperado siempre, mis tiempos, mis idas y mis venidas, mis dudas. ¿Por qué se enfada hoy Jesús? Hay una cosa le cuesta a Jesús. Frente a lo que se siente impotente. Ahí fracasó.

---

<sup>4</sup> José Antonio Pagola, *Jesús, aproximación histórica*

Es en el ambiente religioso donde Jesús a veces encuentra un muro. No es con los gentiles, ni con los samaritanos que tienen otro templo. Es entre los más religiosos. ¡Qué paradoja! Los que le esperan desde siempre pero no saben verlo, porque sólo se ven a sí mismos. Jesús se sentía bien con cualquiera, no creyente, pecador, enfermo, romano, publicano, gentil, pobre. Y a veces, en el ambiente más religioso, se ahoga. Cuando hay dureza y soberbia. Jesús mira el corazón y ve la incapacidad de algunos de abrirse a lo nuevo, la dureza, la seguridad en la posesión de la verdad. Ya lo saben todo. No necesitan nada nuevo. Han llenado su vida de dogmas y normas. En otra ocasión mostró también su enfado estando en la sinagoga de Cafarnaúm. Cuando los fariseos pretendían que no curara en sábado: «*Y mirándolos en torno con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones dijo a aquel hombre: –Extiende la mano. El hombre la extendió, y la mano le quedó sana*». Marcos 3, 5. Jesús sufre con la dureza de nuestro corazón que puede impedir el bien, el amor. Lo mismo sucede hoy en el templo. El templo donde fue desde niño con María y José, donde por primera vez a los doce años sintió que pertenecía, donde cada Pascua sube a recordar el paso de Dios por su pueblo y a orar. El templo es usado y rebajado a un lugar de negocios. ¡Cuánto nos cuesta que toquen lo que más amamos! Nuestro lugar, nuestra casa. Nos duele cuando alguien se mete con la persona a la que amamos, con nuestra familia. Porque tocan lo más sagrado. Jesús se sintió un extraño en el templo. El templo es lugar de oración. Sólo se implora y se entrega. Jesús expulsa a quienes se aprovechan de lo sagrado. Quieren contabilizar la gracia. El amor a Dios es gratuito y el amor de Dios es incontable. Han profanado lo más sagrado y sufre en su interior. Es verdad que la ley permitía la venta de palomas y otros animales para ofrecerlos en sacrificio. Pero habían sobrepasado los límites. ¡Cuántas veces se sentiría impotente para cambiar a los hombres! Jesús mira lo verdadero del hombre, no la apariencia. Mira la sed, no el cumplimiento. El hombre que se reconoce pequeño y que es capaz de mirar a Jesús con ojos limpios; ante Él Jesús se conmueve, y no pide, sólo da. Para el hombre que cree que lo sabe todo, que ya conoce a Dios y no tiene nada que aprender, Jesús es una amenaza. A veces nos pasa. Me cuesta que rompan lo que ya tengo controlado. Mi zona de confort, al ámbito en el que me admiran. Lo que siempre he hecho. A Jesús le cuesta que manipulen a Dios para los propios intereses. Jesús se enfada en el templo. **Pero no ante las prostitutas, ni ante los romanos, ni ante los gentiles y pecadores.**

**Les mostraba su amor y ellos reaccionaban con odio e indiferencia.** El Papa Francisco en estos días de Cuaresma nos habla de la indiferencia: «*Cuando estamos bien y nos sentimos a gusto, nos olvidamos de los demás, no nos interesan sus problemas, ni sus sufrimientos ni las injusticias que padecen. Entonces nuestro corazón cae en la indiferencia: yo estoy relativamente bien y a gusto, y me olvido de quienes no están bien*». La indiferencia de los hombres es lo que le duele más a Jesús. Esa actitud indolente ante el dolor de los hombres. Sufre. Su ira no es agresiva. Es un dolor profundo. Hondo. Son lágrimas de impotencia. Quiere limpiarlo todo, cambiarlo todo, acabar con todas las injusticias. El celo por el reino de Dios. El celo por la vida en plenitud. Se lo ofrece todo a los hombres y lo rechazan. ¿Reaccionará así ante mi pecado? No. También yo me alejo y no soy consciente de lo que puedo cambiar con mi vida. No soy capaz de salir de mí mismo. Me resulta indiferente el dolor de tantos. Pero Él me espera cuando pido perdón y vuelvo a Él. A veces me creo salvado, seguro de mí mismo, mejor que muchos. ¿Qué hace Jesús cuando ve que mi corazón se endurece y no quiere acoger la misericordia ni ser misericordioso? Se siente impotente frente a mí. A Él le duele el alma al ver mi indiferencia, mi egoísmo, mi injusticia. Le duele cuando nos cerramos en el orgullo. Lloro lágrimas como lo hizo ante Jerusalén cuando veía con dolor que sus hermanos rechazaban su amor. Lloro como debió llorar ante Pedro al negarle tres veces. Lloro como lloró en Getsemaní al no ser capaz de comprender tanta frialdad como respuesta al amor recibido. Jesús me mira hoy como miró a Pedro, como miró a los que estaban en el templo. Le conmueve mi debilidad. Le conmueve la cerrazón de mi alma. Él conoce el corazón del hombre y sabe que hay más luz que oscuridad, más amor que odio. Pero le duele la omisión, la falta de amor, la falta de entrega. Le duele cuando el hombre busca su propia gloria pretendiendo servir a Dios. Cuando se erige en Dios y juzga a otros hombres. Desea la actitud de querer entregarlo todo. Sólo así tiene sentido vivir, si lo damos todo. La vida en Dios tiene sentido si nos vaciamos, si nos abrimos y no nos reservamos egoístamente. Jesús se conmueve ante el corazón partido, ante la vida derramada. Sufre con dolor y llora ante el corazón endurecido. **¿Cómo es mi corazón?**

**Sabemos que las pasiones en el corazón del hombre no son moralmente malas ni buenas.** Son pasiones, pulsiones, fuerzas. Lo importante es cómo canalizamos normalmente las pasiones, la fuerza que brota en el interior del corazón. Sabemos que la ira no nos hace bien. Aumenta el odio en el corazón y puede provocar daños en los que nos rodean, daños que a veces son difícilmente olvidados. El otro día leía una referencia de San Juan Crisóstomo: «*La ira es para el alma una especie de veneno mediante el cual el diablo la va*

corroyendo cruelmente por dentro. El recuerdo de las injurias, el resentimiento y sobre todo el rencor son como un veneno que se introducen fácilmente en cada una de las partes del alma y emponzoña el corazón»<sup>5</sup>. La ira envenena el alma. Nos hace daño. Nos quita la paz. La ira corrompe nuestra semejanza con Dios. Nos quita la calma. Aniquila la alegría. Hace que dejemos de ser niños inocentes y puros. Decía Nelson Mandela: «El amor es más natural al corazón humano que su opuesto, el odio». El hombre, cuando logra liberarse de su egoísmo y su orgullo, cuando no se deja llevar por el dolor de la ofensa recibida, cuando cambia la perspectiva desde la que mira las cosas, cuando perdona y no guarda rencor, puede llegar a vencer el odio con su amor. Siempre es más fuerte el amor. Jesús lo hizo así. Amó hasta el extremo. Es más fuerte en su vida el amor que la rabia. También hoy en el templo. Conocemos su misericordia, su mansedumbre y esa mirada suya que sana el corazón. Nos cuesta más la mirada de hoy dura y firme. Esos gestos bruscos derribando los puestos de los cambistas. Esa voz fuerte queriendo apartar del templo lo que no es de Dios. Esa reacción contenida surge en el corazón de Jesús al ver la cerrazón del corazón del hombre. Al verlo sus discípulos comentan: «El celo de tu casa me devora». Su pasión es inocente, brota de un amor más grande por el hombre. Brota del amor profundo a su Padre. No se parece a nuestra ira descontrolada, esa con la que hacemos daño a otros. Jesús no actúa así. Sólo se preocupa por limpiar la casa de Dios. Jesús está lleno de fuego y fuerza, de amor y pureza. A veces en nuestra vida nos tocará reaccionar así, como Jesús hoy. Con fuerza, con determinación. Sabiendo que hacemos lo que Dios nos pide. Pero le pedimos a Dios que nunca el odio y la ira nublen nuestro corazón. **Y que nuestra reacción firme vaya acompañada de una profunda mirada misericordiosa como la de Jesús.**

**Juan es el único evangelista que sitúa este pasaje al principio del Evangelio.** Los sinópticos lo sitúan los días anteriores a la muerte de Jesús. Probablemente fue así, ya cerca de su pasión, en sus últimos días en Jerusalén. Juan parece querer desvelar pronto el misterio de Jesús. Nos quiere mostrar quién es este hombre al que ama tanto, el que acaba de hacer su primer milagro en Caná. Porque Jesús, en este momento, va más allá. No sólo echa a los mercaderes porque profanan el silencio y lo sagrado del templo. Jesús siempre sorprende, más cuando habla de sí mismo. Dice que Él mismo es el templo, donde habita de forma única el Padre. El lugar sagrado de Dios en la tierra. Su corazón es el hogar de Dios. Sus palabras de misericordia y perdón son las que Dios pronuncia al hombre. Sus ojos son la mirada de Dios sobre la tierra. Sus manos humanas son las manos de Dios acariciando al hombre dolorido. Sus pies descalzos son la certeza de un Dios que pisa a nuestro lado en el camino. Su cuerpo es el templo santo. Un templo que se deja tocar, un templo que se dejará romper. Juan mira a Jesús. Hoy, Jesús habla de algo que nadie entiende. Pero que Juan, y los apóstoles guardaron. ¿Qué querría decir Jesús con que destruirá el templo y lo construirá en tres días? Ellos no juzgan, simplemente no entienden, y lo guardan todo en su corazón. Tienen miedo a perderlo. Prefieren guardarlo en silencio y seguir disfrutando de la compañía de su Maestro. Algún día lo entenderán. Al final de la historia comprenden ese momento en el que Jesús desvela algo de su misterio. La resurrección es la luz que hace que pasajes o palabras que no comprendieron encajen: «Cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús». Volvieron a ese momento en que Jesús se enfadó, a ese momento en que Jesús habló de un templo que iba más allá de unas piedras. En que habló de Él. En el pasaje de Caná acaba de decir que sus discípulos creyeron en Él por el milagro. Ahora Juan nos dice que cuando se acordaron, creyeron. Las dos veces nos dice que creyeron. Quizás, como nosotros, la primera fe es inmadura. Decimos: «Creo, Señor, porque te he visto hacer grandes signos, porque conviertes mi agua en vino». Pero en el camino de la fe, después de creer, viene de nuevo la duda, el no ver, el no comprender. ¿Por qué sufren los que amo? ¿Por qué sufro? ¿Dónde estás, Señor, cuando te necesito? Ese camino de la fe va desde Caná, el primer milagro de Dios en mi vida, hasta la cruz, hasta la resurrección. Pasa por momentos de pérdida, de fracaso, de dolor, de enfermedad y soledad, de sinsentido, donde Dios me sostiene. Donde Jesús, en la cruz, me mira y me abraza. Y un día comprenderé algo de mi historia, una palabra grabada, una persona que me marcó. ¿Qué es lo que guardo dentro de mí que aún no comprendo? Es en ese nudo donde Jesús quiere estar. Y un día, recordaré algo que sentí en mi corazón y que había olvidado. Como los discípulos. Entonces, creo. No con la fe de los milagros, sino con la fe probada que ha seguido a Jesús por los caminos. Le entrego lo que tengo, lo que soy, mi cruz, mi vida. Él me ha dado la suya. Él dejó romper su templo por amor, se partió en el pan, se derramó en el vino. Su costado fue atravesado. El templo se destruyó. Y fue restaurado de nuevo, porque nunca me deja solo. Recuerdo cómo sus brazos me sostuvieron en momentos difíciles, cómo me alegró la vida a través de tantas personas. **Lo miro. Y creo.**

<sup>5</sup> Jean Claude Larchet, *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, 202